

BALTASAR Y MELCHOR

*Algunos la piden.
Los suyos, les oyen...
Pero no les escuchan*

Ayer por la mañana, como todos los años, mamá nos llevó a mi hermana y a mí, al banco donde trabaja papá, para recibir los juguetes que nos entregan allí los Reyes Magos.

Por más vueltas que le he dado, nunca he logrado entender por qué hay más de tres reyes. Están por todas partes. En el Banco, en las tiendas, en algunas plazas...

El padre Vicente, que es el que nos da el catecismo, dice que como son magos, pueden aparecer en varios sitios a la vez, y así atender a más niños. También dice, que a los que preguntan mucho sobre los Reyes, no les dejan nada.

Yo no veo que sean los mismos, pues sus caras son distintas. Pero no pregunto porque no quiero quedarme sin regalos.

Y sigo sin saber, por qué llevan varios años sin traerme la muñeca que pido. Les pongo en mi carta que no hace falta que sea grande, que me da igual que no se le puedan mover las piernas ni los brazos, y que si los ojos son rayitas pintadas, como los del muñeco que trajeron a mi hermana, la vez que papá y mamá nos dijeron que los reyes venían pobres, tampoco me importa.

El año pasado les escribí que sólo quería la muñeca. Pero me trajeron: una grúa, libros, y un coche de la policía. Yo quería una muñeca. Pensaba cuidarla y darle muchos besos y abrazos, como si fuera mi hijita. Igual que hace mi hermana con las suyas.

Libros. ¡Claro que me gustan! Pero no son regalos los libros. Como tampoco lo serían, por ejemplo, la comida, los cuadernos que llevo al cole, o un colchón nuevo para mi cama. La muñeca que les pido, sí que es un regalo, pues no la necesito.

El padre Vicente dice que los reyes saben que no me conviene una muñeca, que es cosa de niñas, y que no me la traen por mi bien.

Pero no me da ninguna explicación a eso de que sea por mi bien. Le pregunté qué daño me podía hacer la muñeca, y me dijo que era muy pequeño para entenderlo.

Es lo que dicen siempre las personas mayores cuando no saben responder a lo que se les pregunta.

También yo pienso que a él no le convienen los dulces. Por su bien: porque está muy gordo, y cuando sube las escaleras, se cansa mucho.

En cambio, no se lo digo. Y eso que se pasa todo el tiempo de clase, comiendo caramelos de café con leche.

Además, nunca nos pregunta si queremos uno. Y mamá dice que comer sin ofrecer es de mala educación. Pero yo no le he contado que el padre Vicente es un maleducado, porque no soy un chivato.

Entré muy contento en el Banco, porque los reyes de allí no son como los que vienen a casa, que saben todo de mí, y junto a los regalos me dejan notitas, diciendo que tengo que aprenderme las tablas de multiplicar, porque sigo sacando suspensos en cálculo; y que debo ayudar a mi hermanita con sus deberes de lengua.

A los del Banco nunca les dejo vino dulce, para que se quiten la sed; ni comida para los camellos.

Iba pensando que nadie les habría dicho que las muñecas no me convienen, y a lo mejor esta vez, me regalaban una.

El rey Baltasar, era igualito que Basilio; el señor que se sienta junto a la puerta del Banco, en una silla marrón; y que siempre que vamos a ver a papá, nos da un boli que lleva escrito el nombre del Banco, y hojas de papel para que hagamos dibujos. Sólo que estaba vestido de rey. Se lo dije a mamá, y primero dijo que no, que no se parecía a Basilio.

Me fijé bien en su cara, y le dije que hacía el mismo gesto que hace Basilio con la nariz, que la arruga como si fuera un conejo. Entonces mamá se agachó, y me dijo al oído, que era Basilio. Que Baltasar se había puesto malo, y que lo habían tenido que sustituir. Que no le dijera nada a mi hermanita, para no preocuparla. Que muy posiblemente por la noche, Baltasar ya estaría bien del todo.

Y muy orgulloso con semejante secreto, que yo nunca contaría a nadie, fuimos caminando hacia la zona reservada para nosotros, donde ya había un grupo grande, de mayores y niños reunidos.

Cuando terminaron de llegar los padres y niños que faltaban, papá, que estaba sobre una tarima, sentado en una butaca junto a las de los reyes, se puso de pie y comenzó a hablar por un micrófono. Dijo que había que portarse bien y estudiar. También, comer la sopa de sémola.

Un asco de sopa, llena de granitos que parecen de arena, y que se pegan a la lengua.

Papá acabó enseguida, y entonces los reyes comenzaron a decir nuestros nombres y a darnos los regalos.

Empezaron por los más pequeños. Ositos. Todos iguales, para los niños y para las niñas. Después de varios grupos, le tocó al de mi hermana. Eran diez; y ella la única chica. Le dieron a cada niño un coche de bomberos, y a mi hermana una pistola de rayos láser.

Cuando llegó mi turno, a las niñas les daban una cocinita, y a los niños una pistola como la de mi hermana.

Menos a mí, que me dieron una muñeca.

¡Una muñeca!

Era preciosa. Llevaba un vestido blanco, calcetines, zapatos... ¡Y un sombrero! Tenía el pelo largo, cogido en dos trenzas, atadas con unas cintas azules, y abría y cerraba los ojos. Además, cuando le apretabas la barriguita, decía "mamá".

Nos hicieron fotos al recibir los regalos, y mi hermana salió en todas las suyas llorando. No le gustaba su pistola, y no hacía más que mirar mi muñeca.

Luego, mamá y papá estuvieron hablando un buen rato con los Reyes Magos. Melchor se pasaba mucho la mano por la frente.

Después, los reyes nos hicieron gestos, a mi hermana y a mí, para que nos acercáramos.

Fuimos allí, y nos dijeron que teníamos que cambiar nuestros regalos. Que la muñeca era de mi hermana, y que a mí me tocaba la pistola. Que el rey Baltasar se había confundido.

Yo le dije bajito a Baltasar: que sabía que era Basilio, y que no se había confundido. Que yo quería una muñeca.

Basilio me contestó, también bajito, que el que se había confundido era don Melquiades, el cajero. Entonces Melchor, que se parecía bastante al cajero, le mandó callar.

Melchor me cambió la muñeca por la pistola de mi hermana, y luego nos pusimos todos los niños con los Reyes, para hacernos una foto de grupo. En esa foto, el que lloraba era yo: me habían quitado mi muñeca.

Entonces me di cuenta de que aquella fiesta de Reyes, que hacían todos los años en el Banco, era un engaño. El padre Vicente, dice que mentir es pecado. Y todos mentían:

Baltasar no era Baltasar sino Basilio, pero decían que era Baltasar.

Melchor cada vez se iba pareciendo más a don Melquiades, el cajero. Sobre todo, cuando se puso a cantar villancicos, y para leer el papel se colocó unas gafas de cristales gordos, como las que lleva don Melquiades cuando está en la Caja.

Y no creo que una muñeca pueda hacerme daño, como asegura el padre Vicente. Ayer lloré mucho y no fue por tener una muñeca, sino porque me dejaron sin ella.

La pistola no la quiero, pero ha dejado de importarme. Ya tengo solucionado cómo deshacerme de ella. Me ha dicho Toñín, un chico de la escalera de mi edad, que me la cambiará por el bote de caramelos, que todos los años le dejan los reyes en casa de una de sus tías.

Lo guardaré sin abrir, y cuando empiecen las clases, llevaré esos caramelos al cole. Esperaré a que el padre Vicente saque los suyos de café con leche, para él solo, y entonces me pondré a repartir los míos entre los compañeros...